

De Antígona al proceso de paz

Apuntes para una discusión sobre ética y política

*Para mis estudiantes de la asignatura de
Ética y transcendencia 2012*

En la historia humana, la ética y la política han aparecido a menudo antagónicas. En la literatura, por ejemplo, Morin (2006) trae a cuento la oposición de Antígona a Creonte. Ella reivindica los valores religiosos y fraternos, en nombre de los cuales afirma el derecho de su hermano a ser enterrado, mientras que él representa la soberanía del Estado y ha prohibido que se le dé sepultura a Polinice¹. La oposición de Antígona

Gerardo Andrade

Filósofo
Profesor del Instituto
Alberto Merani

¹ Antígona era hermana de Eteocles y Polinice. A la muerte de Edipo, éstos debían turnarse el poder en Tebas. Sin embargo, Eteocles rompe el acuerdo y pretende perpetuarse como rey. Polinice busca solidaridad en la ciudad de Argos y ataca a Tebas; en la batalla, los hermanos se dan muerte entre sí, debido a lo cual Creonte, tío de todos ellos, asume el mando y condena a Polinice por haber atacado a su propia ciudad. El castigo consiste en que el cadáver de Polinice no puede recibir sepultura, lo que significa que su alma errará eternamente, horror que evita Antígona al enterrar el cuerpo.



16 de noviembre de 1985. Lanzamiento de la Unión Patriótica como partido político. Imagen de: http://cdn.dipity.com/uploads/events/1c0ac9cd533f3997d7520bcd3c3a4135_1M.png

causa su propia muerte y da lugar al desencadenamiento de la tragedia, al final de la cual Creonte queda completamente solo y se da cuenta de que cometió un grave error al defender el orden establecido sin considerar la particularidad de la situación.

Para Antígona, las leyes divinas están por encima de las leyes del Estado. Ha regresado a Tebas después de cuidar de su padre Edipo en su destierro errante y nuevamente es víctima de la desgracia. Actúa por amor, es su fuerza la que la lleva a correr cualquier riesgo, a afrontar su propio sacrificio, como declara en un pasaje de la obra: “No he nacido para compartir el odio, sino el amor”. En ella se hacen evidentes todas las instancias que comporta una ética propia, una autoética, como la denomina Edgar Morin (2006). Aunque se expone a morir, es indudable que se ama a sí misma, pues ha decidido morir con gloria, como le cabe a un ciudadano, y ama a su hermano Polinice, así como amó a su padre y a su madre. Sabe bien lo que implica su condición de mujer en una sociedad que privilegia a los hombres; es consciente de lo que significa vivir en una cultura patriarcal y, por lo tanto, conoce la magnitud de su inminente castigo. Pese a todo, realiza su propósito porque en él ha cifrado su trascendencia.

Yo, por mi parte, enterraré a Polinice. Será hermoso para mí morir cumpliendo ese deber. Así reposaré junto a él, amante hermana con el amado

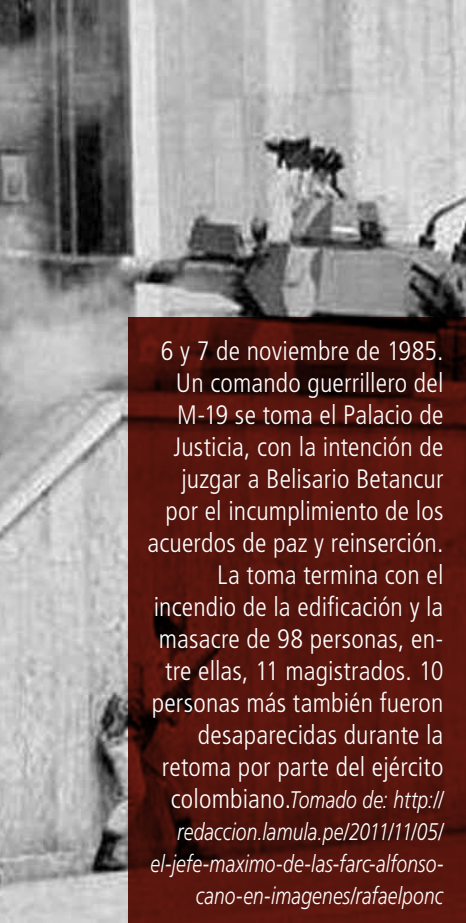
hermano; rebelde y santa por cumplir con todos mis deberes piadosos; que más cuenta me tiene dar gusto a los que están abajo, que a los que están aquí arriba, pues para siempre tengo que descansar bajo tierra.

Creonte ha tomado partido por las leyes de la ciudad y busca que se obedezcan ciegamente. Para él no importa el amor fraterno, aun cuando su propio hijo, Hemón, es el prometido de Antígona y ésta es su sobrina. Su actitud está determinada por leyes que él mismo pretende inmutables e incuestionables.

Por mi parte considero, hoy como ayer, un mal gobernante al que en el gobierno de una ciudad no sabe adoptar las decisiones más cuerdas y deja que el miedo, por los motivos que sean, le encadene la lengua; y al que estime más a un amigo que a su propia patria, a ése lo tengo como un ser despreciable. ¡Que Zeus eterno, escrutador de todas las cosas, me oiga! Jamás pasaré en silencio el daño que amenaza a mis ciudadanos, y nunca tendré por amigo a un enemigo del país. Creo, en efecto, que la salvación de la patria es nuestra salvación y que nunca nos faltarán amigos mientras nuestra nave camine gobernada con recto timón.

En rigor, Creonte actúa de acuerdo con un imperativo moral que proviene de una fuente social, externa a él mismo. Muy tarde, a expensas del adivino Tiresias y del coro de ancianos, comprende que ha cometido un grave error que provocará desgracias no sólo a él, sino a toda Tebas, y trata de enmendar su acción, pero el destino ya se ha cumplido.





¡Oh, irreparables y mortales errores de mi mente extraviada! ¡Oh vosotros que veis al matador y a la víctima de su propia sangre! ¡Oh, sentencias llenas de demencia! ¡Ah, hijo mío: mueres en tu juventud, de una muerte prematura, y tu muerte, ¡ay!, no ha sido causada por una locura tuya, sino por la mía!


El coro de ancianos de Tebas sentencia al final:

La prudencia es con mucho la primera fuente de ventura. No se debe ser impío con los dioses. Las palabras insolentes y altaneras las pagan con grandes infortunios los espíritus orgullosos, que no aprenden a tener juicio sino cuando llegan las tardías horas de la vejez.



Veinticinco siglos después de escrita y representada la tragedia griega, en un plano distinto, en Colombia, los pueblos indígenas del Cauca han exigido “el retiro de la guerra de sus territorios, el respeto a sus derechos territoriales y culturales, de autonomía, consulta, identidad, dignidad y respeto a las normas del Derecho Internacional Humanitario”². Ya no es una persona que lucha por una muerte digna; es un colectivo el que busca una vida digna. ¿Y en nombre de quién nos están hablando? Yo me atrevería a decir que lo hacen en nombre de la humanidad, tanto como en nombre propio y tanto como en nombre de una Constitución cuyos principios están cada vez más lejos de hacerse realidad. ¿Y qué es lo que los inspira? Como a Antígona, el dolor y el amor:

² Manifiesto por la Paz de Colombia.




No nos vamos a quedar de brazos cruzados mirando como nos matan y destruyen nuestros territorios, comunidades, planes de vida y nuestro proceso organizativo. Por esto, enraizados en la palabra, la razón, el respeto y la dignidad, iniciamos a caminar en grupos hasta donde están atrincherados los grupos y ejércitos armados, para decirles frente a frente que, en el marco de la autonomía que nos asiste, les exigimos que se VAYAN, QUE NO LOS QUEREMOS, QUE NOS CANSAMOS DE LA MUERTE, QUE ESTÁN EQUIVOCADOS, QUE NOS DEJEN VIVIR EN PAZ. (ACIN: Carta a los grupos armados, 9 de julio de 2012)

A ese reclamo el gobierno ha respondido desde el gobierno mismo, es decir, desde su propia e inalterable lógica, desde las instituciones establecidas, como lo hace Creonte en la tragedia griega. Ha acusado al movimiento de estar infiltrado por las Farc, como ya lo ha hecho consuetudinariamente. ¿Qué busca con eso? Sin duda, despojar al movimiento de cualquier fundamento ético, minimizar, incluso eliminar su contenido fraterno y humano, inculpándolo de aliarse con el terrorismo. Las declaraciones del Ministro de Defensa son contundentes:

Esas organizaciones terroristas han optado por tratar de movilizarse hacia el movimiento de masas y han aparecido tomas como la tal Marcha Patriótica, que yo sí puedo decirlo con claridad, que nadie se equivoque que está financiado en buena medida por la guerrilla de las Farc. Están tratando de hacer utilización, penetración, si que quiere en cualquier movimiento de protesta social para integrarlos a su actividad.

Hoy como ayer, el gobernante recurre a la figura de “enemigos del país” para justificar sus acciones y deslegitimar a los ciudadanos que se oponen a sus medidas de guerra. En su visión bélica no puede haber sentimientos sino por la patria; cualquier otro sentimiento resulta subversivo, como subversivo era el amor de Antígona por su hermano. Como Creonte en su ceguera, no reconoce sino el “amor” por la patria; ni una sola palabra de afecto para los ciudadanos. Ni una condolencia para las víctimas indígenas que sufren la violencia, pero, eso sí, un exhibicionismo farandulero por la resistencia de un soldado que llora al ser expulsado del territorio ancestral. En la prensa, ni un




solo titular que dé cuenta del asesinato de ciudadanos indígenas a manos de las fuerzas militares.

¿Y las Farc? Pues este pueblo ha tenido la desgracia de no tener uno, sino dos Creontes y, peor aún, enfrentados entre sí. Los comandantes rebeldes se muestran igualmente insensibles al dolor humano; justifican sus ataques a la población civil con el argumento de que algunos indígenas son cómplices de los militares.

... en una errónea y engañosa interpretación de la Autonomía, ciertos “dirigentes” vienen sembrando odios en los comuneros y promueven en las asambleas el espíritu confrontacional, no solo contra la presencia guerrillera, sino también contra los propios hermanos indígenas que se alejan de sus políticas proclives al Estado. En esa dirección promueven acciones hostiles que terminan haciendo de las guardias indígenas una mera extensión de los cuerpos policíacos del Establecimiento. (Mensaje del Comando Conjunto de Occidente de las Farc a los indígenas del Cauca, marzo de 2012.)

Aunque hace algunos años, por la presión de los pueblos indígenas del Cauca, se comprometieron a no atacar a la población civil, las Farc terminaron por no cumplir su promesa y continuaron reclutando campesinos e indígenas en contra de la voluntad de una comunidad decidida a vivir en paz. En su llamamiento, la organización de estos últimos había declarado:

... Es posible que ustedes tengan desde hace tiempo la enfermedad del militarismo y de la violencia sin contenido y no se hayan dado cuenta. Esa enfermedad es la que hace que el Secretariado diga que van a respetar la autonomía, y sin embargo sus mandos medios, sus combatientes y milicianos hagan otra cosa. Es que a la gente que lleva tanto tiempo en la guerra le parece normal que si alguien se roba una gallina, o conversa muy duro, o habla con un funcionario del gobierno, o si se duerme en la guardia, o piensa contrario al que manda en el pueblo, hay que fusilarlo por orden de un comandante, sin derecho a defenderse y sin poder saber de qué lo acusan. (Asociación de Cabillos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN), carta al comandante Timochenko).





Columna de insurgentes de las FARC durante la constitución de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Imagen: http://www.abpnoticias.com/boletin_temporal/images/contenido/beligerancia_casa_verdeg.jpg

Ambas tragedias —la de ayer en Tebas y la de hoy en Colombia— dejan claro que la preocupación de la política son las instituciones, mientras que la de la ética son las personas. Las instituciones garantizan, en un sentido, la continuidad de las conquistas colectivas alcanzadas; sin duda, el Estado representa las aspiraciones de un pueblo en un momento dado, pero también, como todas las creaciones humanas, puede enajenarse, de creado puede convertirse en creador. Los seres humanos podemos llegar a ser poseídos por nuestras creaciones que se adueñan de nosotros cuando creemos disponer de ellas. Por otro lado, son las personas las que sufren por la guerra, las que pagan con su vida un conflicto que hace mucho tiempo no representa sus intereses; son las familias las que se desintegran, las que pierden la oportunidad de construir riqueza; son los jóvenes quienes se quedan sin opciones de futuro.

Tanto las instituciones como las reivindicaciones de las personas se pueden pervertir y terminar bien en un autoritarismo creciente, bien en un terrorismo despiadado. Se pervierte el Estado cuando resguarda los intereses de unos cuantos bajo la máscara de normas constitucionales, cuando, en nombre de la patria, ejerce el terrorismo contra los ciudadanos, cuando intercepta las comunicaciones de periodistas, jueces, líderes sociales y gente del común; cuando ignora los derechos humanos, cuando, en suma, pierde el sentido de humanidad. Se pervierten las reivindicaciones sociales e individuales cuando las acciones de resistencia cobran la forma de terrorismo, cuando las organizaciones de lucha contra el autoritarismo pierden la sensibilidad y cuando deja de ser el amor su principal motivación.

La independencia política de los indígenas es incómoda tanto para la institucionalidad armada como para la guerrilla, justamente porque hace evidentes las carencias de la política, porque desafía el orden que una y otra buscan conservar. La política tradicional —en la cual hay que incluir la política de las Farc y los demás grupos guerrilleros— no tiene ideas. El



pensamiento político actual en Colombia –y esto es válido para los dos bandos– va a remolque del pensamiento económico y del pensamiento militar. Pero, sobre todo, la política en Colombia ha buscado fundamento en la moral que, como lo dice su etimología, es costumbre, es pretender ceñirse a valores que se pretenden universales e inmodificables. Peor aún, ha recurrido a una moralina que, como dice Morin (2006), “juzga y condena en virtud de criterios exteriores o superficiales de moralidad, la moralina se apropia del Bien y transforma en oposición entre bien y mal lo que en realidad es un conflicto de valores”. La moralina hace que se juzgue a los adversarios como personas u organizaciones indignas de ser escuchadas.

No es muy probable que la decisión de buscar la paz con los grupos armados que ha tomado el actual gobierno tenga un fundamento ético. Por lo menos, éste no se encuentra en las declaraciones que confirmaron los acercamientos con las Farc. Prima un lenguaje que guarda distancias dando a entender que se hará el intento, pero que si no resulta el país no perderá nada, cuando lo cierto es que perderá todo si reproduce los últimos cincuenta años. Es más, el ministro de Defensa sostiene que el presupuesto para la guerra debe conservarse así ésta llegue a su fin. Por ahora, no hay evidencias de un pensamiento político que reivindique las solidaridades, que rehumanice las ciudades y que revitalice el mundo rural.

Por eso, es ahora cuando la ética tiene todo para decir. Es aquí donde los ciudadanos pueden dotar el proceso de paz de solidaridades concretas y vividas, de persona a persona y entre grupos y personas. Es la oportunidad de recuperar las fuentes básicas de la ética; la individual, la social y la de la especie, representada en la historia y la cultura. La fraternidad, el amor, el sentido de humanidad tendrán que tomarse las calles y las instituciones por asalto. Es indispensable que nosotros, los ciudadanos, dotemos de un contenido ético a una apuesta política. Es más, es la hora de que la ética comande a la política.

Referencias

MORIN, E. (2006). *EL MÉTODO. ÉTICA*. MADRID: CÁTEDRA.

